

---

## Capítulo XXVII.

---

Un dolor más.

Beatriz, al llegar á Baeza cuando se retiró de Córdoba, llamó á Inés y le confió la situación en que se hallaba. No sólo la seguridad que tenía respecto de aquella mujer que en tantas ocasiones le había manifestado su lealtad, sino la necesidad de ocultar á las miradas de todo el mundo que era madre sin poder decir al mismo tiempo que era esposa, le impulsaron á abrir su corazón á Inés.

La joven comprendió la ternura, la felicidad que experimentaba el corazón de Beatriz, porque también ella estaba á punto de ser madre, pero no así la tristeza, el dolor de aquella mujer, que no podía ni aun expresar la ventura que llenaba su corazón.

Autorizada para que hiciese partícipe del secreto á Beltran, Inés que era buena, al participar á su esposo lo que ocurría:

—Un pensamiento ha cruzado por mi mente.

—¿Cuál, Inés?

—Animada, como tú lo estás seguramente, por el deseo de ocultar á las miradas de todo el mundo el secreto de nuestra señora, ya que la Providencia ha querido que casi al mismo tiempo experimente nuestra alma la dicha de ser madres, nada más fácil que explicar el nacimiento de su hijo, aceptándole nosotros como nuestro, y presentándole como tal á todo el mundo.

La presencia aquí de doña Beatriz podrá justificarse con el anuncio de que se ha detenido para no abandonarme en los momentos críticos.

Beltran, que sentía verdadera gratitud hacia su ama, admiró aquel pensamiento de su esposa, y estrechando su mano con efusión:

—Eres un ángel,—le dijo;—apruebo tu proyecto, y Dios nos dé toda la felicidad que tu virtud y tu piedad merecen.

Inés, temerosa de ofender con su proposición á Beatriz, buscó los medios de insinuarle su pensamiento, y adivinándole su ama:

—Tú eres mi ángel salvador,—la dijo;—sí; acepto tu proposición. ¡Bien sabe Dios que sólo á tí confiaría el hijo de mis entrañas.

Beatriz, que había llegado á Baeza de expreso en horas en que nadie podía enterarse de su llegada, se ocultó á las miradas de todo el mundo, habitando una parte de la casa que comunicaba con una huerta de elevadas paredes, razón por la cual podía dis-

frutar del aire y de la luz sin que miradas escudriñadoras ó maliciosas pudieran sorprenderla en sus momentos de esperanza ó de aflicción.

Llegó para Beatriz ese sublime instante de la vida de la mujer, en que debe al dolor más acerbo la más inmensa felicidad, y quiso Dios que cuatro ó cinco días despues fuese Inés tambien madre.

Beatriz habia dado á luz un hermoso niño.

Inés era una niña.

Con inmensa pena tuvo Beatriz que dejar á su hijo para confiarle á su leal servidora.

Cuando pudo restablecerse se anunció el suceso, y Beatriz quiso que los dos niños fueran bautizados con los nombres de Fernando é Isabel, como un homenaje rendido á los augustos reyes sus protectores.

Inmediatamente mandó á Beltran á Córdoba para que noticiase aquel fausto suceso á Colon.

Todas estas explicaciones dió el paje al extranjero, cuando despues de entregarse á la felicidad que despertó en su alma la nueva que le comunicó, le dirigió infinitas preguntas acerca de todo lo que habia ocurrido.

Ocultamente, porque no podia ser de otro modo, se encaminó Colon á Baeza, acompañado de Beltran, y á favór de la oscuridad de la noche penetraron en la casa donde habitaba Beatriz.

Grande fué la emocion que experimentaron los dos esposos al ver que hasta su propia dicha les hacia sufrir.

Con lágrimas tiernísimas imprimió Colon un ósculo en la frente de su segundo hijo, y despues de estas escenas conmovedoras, aquella misma noche, á la madrugada, se puso en camino para Córdoba, porque su presencia en Baeza podia dar lugar á sospechas que menoscabasen la honra de Beatriz.

Pero si grande fué el pesar de Colon, la amargura con que se inundó el alma de Beatriz fué mayor.

Cuando pensaba que por un pensamiento de soberbia habia preferido sacrificar las alegrías de su alma á la satisfaccion de su amor propio, se aborrecía á sí misma, lloraba, sufría horriblemente, y estos padecimientos morales contribuian á aminorar su salud quebrantada.

No se roba impunemente á la naturaleza sus más preciosas atribuciones.

La madre que tiene que ocultar á las miradas de todo el mundo que lo es, compromete su vida; la compromete más aún si tiene que cegar las fuentes de la vida que han brotado de su seno, y cuando á esto se añade el martirio moral, que la salud se quebrante es lo más natural del mundo.

Beatriz cayó enferma, y aunque no tardó en levantarse del lecho, comprendió que estaba herida de muerte y que su mejoría no era más que una tregua.

Lo que trabajaba su imaginacion, lo que padecia su alma en aquella lucha que venia sosteniendo, porque unas veces se resolvía á jugar el todo por el todo y declarar en la córte que era la esposa de Colon, y á retirarse á vivir con él por el derecho que le daba

la bendición que había recibido del sacerdote, y otras presentaba á su imaginación el sarcasmo y la burla de que sería objeto, y su orgullo se rebelaba ante este sacrificio.

Aquella crisis que vivía no hacía más que agotar sus fuerzas, que empujarla al sepulcro.

Complicada la enfermedad moral con el padecimiento físico, no tardó en caer de nuevo en el lecho, inspirando aquella vez serios temores á cuantos la rodeaban.

No quiso, sin embargo, aumentar la amargura de Colon, y prohibió que le anunciaran el estado en que se hallaba.

Pero al mismo tiempo, como conocía que su existencia iba á extinguirse necesitaba hacer algo por aquel hombre, que era incapaz de aceptar de ella toda clase de auxilios, pensó en su hijo, y no sólo en el que había nacido de su enlace con ella en el fruto de su amor, sino en el que Colon había tenido de su primera esposa.

Beatriz debía ser hasta el último momento la mujer magnánima, la mujer sublime, la mujer generosa que había adivinado Colon desde el primer instante en que la vió.

Conociendo que su vida angustiosa se acababa, envió un emisario á fray Pedro Antunez, su confesor, con órden expresa de que inmediatamente se pusiera en camino para Baeza, sin que dejase traslucir á Colon el objeto de su viaje.

Fray Pedro Antunez, profundamente conmovido,

porque había tenido ocasión de conocer las nobles prendas que adornaban á Beatriz y la estimaba en cuanto valía, emprendió el viaje inmediatamente, y algunas horas después estaba á su lado, á la cabecera de su cama, escuchando su confesión y consolando su abatido espíritu.

—Al día siguiente fué Colon á visitarle al convento, y no le halló.

—Ha tenido que emprender un viaje de pronto,—le dijo el lego portero.

—¿Y no sabeis adónde?

—Me encargó que no lo dijera á nadie; pero como vos sois su íntimo amigo, nada tiene de extraño que lo sepais; ha ido á Baeza.

—¿A Baeza?

—Sí, llamado por una noble dama de quien es confesor.

—¿Por ventura está enferma?

—Me parece que sí.

La ansiedad de Colon fué inmensa.

No pudiendo conformarse con aguardar á recibir noticias de Beatriz, se puso inmediatamente en camino, y cuando llegó...

Pero no anticipemos los sucesos.

Asistamos á los momentos solemnes en que Beatriz manifestaba su última voluntad al prior de los mercenarios.

Aquella pobre mujer en el lecho del dolor, trocado el vivo carmin de sus mejillas por la palidez de la muerte, tristes sus negros y rasgados ojos, con la mi-

rada fija en el cielo, con el pensamiento en la Divinidad, y lleno el corazón de los afectos más dulces, más delicados, más tiernos, confiaba á fray Pedro Antunez cuál era el porvenir que quería proporcionar á aquellos dos seres á quienes llamaba hijos.

—Colon, mi dulce esposo, —dijo á fray Pedro, —vá á sufrir horriblemente al saber el triste estado en que me encuentro; yo hubiera deseado hacerle el más feliz de los hombres, porque nadie como yo ha comprendido cuán buena, cuán hermosa es su alma, cuán generosos son los sentimientos que abriga, cuán grande, cuán poderoso es su génio.

Bien sabe Dios que yo quería, al alejarme para siempre del mundo, sembrar su camino de flores y facilitarle con la fortuna que debo á mi familia todas las felicidades posibles para el hombre que ha convertido su corazón en tumba de mi recuerdo.

Pero yo le conozco. Es un hombre digno, y jamás aceptaría de mí nada absolutamente, porque yo le he negado el título de esposa ante el mundo, y este es el único pesar que acibara los últimos días de mi existencia.

—Es cierto, Beatriz; su carácter enérgico le haría primero sucumbir á la miseria que aparecer á los ojos de los maldicientes como partícipe de vuestra fortuna.

—Y sin embargo, yo tengo el deber y el deseo de labrar la felicidad, no sólo de nuestro hijo, sino de Diego, del hijo de su primera esposa.

He buscado el medio de lograr mi designio, y voy á confiaros el proyecto que tengo.

Beltran é Inés han sido y son mis fieles servidores. Ellos han hecho el sacrificio de robar á su hijo una gran parte del cariño que sienten en su corazón para dárselo al mío. Yo quiero compartir mis bienes con Fernando é Isabel; me propongo nombrarlos mis herederos universales para que después de su muerte vaya á parar á sus hijos mi herencia.

Pero el hermano de mi Fernando debe también tener asegurado su porvenir, y para eso os necesito. ¿Puedo contar con vos?

—¡Alma angelical, alma sublime! —dijo fray Pedro; —vuestrós proyectos son los más nobles, los más grandes, los más generosos; ¡Dios desde el cielo os bendice, y podeis estar segura de que si dispone de vuestra vida, vuestra bendición caerá sobre esos seres, y con ella la mayor felicidad!

—Ese es mi único deseo. Oídme: yo he pensado en vos, que sois mi confesor: os dejaré una manda con el objeto de que la apliqueis á algun pobre huérfano que merezca vuestra compasión, y natural es, que siendo vos amigo de Colon, que tiene un hijo en el convento de la Rábida, destineis esa cantidad para labrar su porvenir.

—Contad conmigo para todo; yo os aseguro que vuestra voluntad sólo, sin ese sacrificio, hubiera bastado para que yo, interesado ya por ese niño, por la amistad que me inspira su padre, le hubiera protegido, hubiera sido para él el instrumento de la Provi-

dencia. Vuestros designios serán cumplidos, Beatriz; estad tranquila.

El supremo esfuerzo que había hecho Beatriz para ocuparse de cosas tan tristes, aumentó su debilidad, y aquella misma noche se agravó tanto su mal, que fué preciso administrarla los Santos Sacramentos y prepararla á bien morir.

Beltran é Inés no se separaron de su lado.

El confesor permanecía á la cabecera de su lecho, y en esta actitud, al rayar el alba, Beatriz exhaló el último suspiro, bendiciendo á su hijo, y dirigiendo una mirada cariñosa á sus servidores.

La última frase que pronunció, y que no pudo concluir porque su acento se extinguió en sus labios, fué:

—¡Esposo mio!

Al sentimiento que se apoderó de todos los circunstancias, sucedió bien pronto el pesar más profundo.

Colon llegó á la casa, y como todos estaban reunidos en la habitación en que acababa de espirar Beatriz, pudo penetrar hasta allí sin que nadie le viera.

El espectáculo que se presentó á su vista le hizo lanzar un grito, y corriendo hácia el lecho:

—¡Ha muerto, ha muerto! ¡Dios mio, esto es horrible!—exclamó.

En vano trataron de mitigar su pena.

Todos los consuelos fueron inútiles.

La excitacion de su ánimo era inmensa.

—¡Oh! Si ella ha muerto,—exclamó,—¿para qué quiero la vida?

Y sacando precipitadamente la daga que pendia de su tahalí, fué á clavarla en su seno, cuando fray Pedro Antunez, presentándole á su hijo:

—Colon,—le dijo,—¿sereis capaz de atentar á vuestra vida en presencia de vuestro hijo?

—¡Ah!—exclamó el desgraciado padre.—Teneis razon, teneis razon, soy un insensato.

—Dios os manda acatar su voluntad. Orad, orad por ella, y pedidle resignacion para soportar vuestra desventura.

El infeliz cayó á los piés del lecho, y estrechando á su hijo en sus brazos:

—Sí, sí, viviré para tí,—exclamó.—Dios lo quiere; cúmplase su santísima voluntad.

Al dia siguiente se celebró el entierro de Beatriz con la mayor humildad.

Así lo había resuelto.

Colon partió con fray Pedro Antunez á Córdoba, llevándose traspasado el corazón por aquel nuevo dolor que inundaba su alma.

Los dias que trascurrieron fueron terribles para el desdichado marino.

Pobre, sin esperanzas, sin la ventura que le ofrecía su amor, nada le quedaba en el mundo.

Su desesperacion era inmensa.